

A menos de un año para cumplirse el V Centenario de la llegada de Hernán Cortés a las costas mexicanas, no se puede dejar de mencionar a otro protagonista de esa epopeya que fue la conquista de Tenochtitlan. Se trata de una indígena llamada Malintzin o Malinalli. Una mujer extraordinaria que estuvo junto a Hernán Cortés desde el principio de la durísima conquista de Tenochtitlan hasta el final de la expedición de las Hibueras. Una empresa, esta última, muy exigente para todos sus componentes, pero especialmente para Malinalli, que realizó parte de ella en avanzado estado de gestación.

Sobre Malinalli existen pocos datos biográficos. Sin embargo, las fuentes pictográficas de tradición indígena, así como las crónicas no dejan lugar a dudas de su papel protagónico en cada uno de los episodios clave que desembocaron en la caída del mayor imperio levantado en Mesoamérica. Era un personaje inteligente y polémico, con habilidad para la diplomacia y el aprendizaje de las lenguas, a la que todos identifican hoy como Doña Marina después de “vuelta cristiana” y que ha pasado a la historia como amante de Cortés y sinónimo de traidora, pero pocos conocen su crucial papel en la caída de Tenochtitlan y el nacimiento de México.

EL PAPEL DE LAS MUJERES EN MESOAMÉRICA

En Mesoamérica —el área formada por los actuales estados de México, Guatemala, Belice, El Salvador, parte de Honduras, Nicaragua y Costa Rica—, la guerra estaba muy presente, aunque el estudio del papel de las mujeres y su participación en ella

son muy escasos. A grandes rasgos, lo que sabemos es que participaban activamente en la preparación de algunas armas, como flechas y hondas, en días muy concretos del calendario religioso (Díaz del Castillo, 2000: 111), y que otras mujeres, denominadas *ahuianime*, estaban incluidas en el entramado del ceremonial militar, pero carecemos de datos contrastables sobre si las mujeres participaban en las campañas militares, acompañaban a los soldados o luchaban junto a ellos.

Es innegable que en Mesoamérica el espacio bélico estaba restringido al ámbito masculino y en él lo femenino solo tenía cabida como referencia peyorativa, sinónimo de cobardía, provocadora de guerras y desgracias, aunque esto no era exclusivo del universo mesoamericano. La misma idea aparece desde el Génesis (3.22-23) con la expulsión de Eva y continúa con multitud de ejemplos como Ariadna, la princesa cretense que originó la guerra con Atenas al ayudar a joven Teseo a salir del laberinto, traicionando a su padre; la troyana Helena, por la que se desató la guerra con Grecia y un largo etcétera del que Mesoamérica no es una excepción porque en los escasísimos episodios bélicos en los que aparecen siempre tienen un cariz negativo, debido a que el rol femenino debía ser pasivo. Por ello, la acción en una mujer era una transgresión social y por lo tanto causante de desgracias. Este patrón estereotipado, que incluye a diosas y reinas, es lo que se conoce como *mitema*, definido por Ruck y Staples, para este caso, como “mitema de los desertores” (1994).

Los pocos ejemplos de la participación de las mujeres en la guerra mesoamericana son recogidos por fray Diego Durán en su obra *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*. Narra la humillación que sufrieron los mexica a manos de los coyoacanos al obligarles a vestirse de mujeres y regresar de tal guisa a Tenochtitlan (Durán, 1984. II, 92 y 93). Este hecho sería vengado tiempo después con una sonada victoria mexica. Pero quizá el episodio más conocido —que también debemos al relato del padre Durán— fue el ocurrido en 1473 durante la guerra que enfrentó a Tenochtitlan y Tlatelolco, donde los mexicas fueron atacados por mujeres tlatelolcas (1984: II, 263).

La interpretación de estos hechos ha sido valorada de forma diferente, según los intereses de cada investigador. La historiografía mexica relata que en 1473 el gobernante de Tlatelolco, Moquihux, declaró la guerra a Axayácatl de Tenochtitlan y ordenó a las mujeres tlatelolcas atacar y mofarse de los guerreros mexica en actitud desvergonzada, quienes las vencieron sin esfuerzo.

Para Cecelia Klein, la contienda de 1473 es una clara lucha de sexos (1994), mientras que para Michael Graulich se trataría de la clásica estratagema para aplacar a los mexica y moverlos hacia la compasión, en el caso de haber existido, porque en su opinión no fue un episodio real (2000: 79 y 80). Según Suárez de Peralta, Moctezuma vistió con ropa de mujer a uno de sus capitanes, como un signo de

cobardía, y le ordenó desfilar por el mercado (apud Klein, 1994: 235). Tras esta humillación pública, fue castrado (Gil, 2007). De manera similar, los tarascos utilizaban la expresión: "A todos nos han puesto naguas de mujeres" para indicar que habían sido vencidos (Relación, 2002: 276).

Está claro que la invisibilidad de las mujeres guerreras en las fuentes se debe a que en Mesoamérica, especialmente en la sociedad nahua, la guerra era un asunto masculino y los roles sociales estaban muy definidos. Hasta tal punto que, en el momento en el que una persona nacía, quedaba estipulado lo que la sociedad esperaba del nuevo miembro. Si nacía un varón debía ser un guerrero valiente y, si era una mujer, recatada y hacendosa, produciéndose una dicotomía social en la que la acción quedaba representada por el varón, frente a la inmovilidad o pasividad que idealmente le correspondía a la mujer. Por extensión, el género femenino se convirtió, dentro del mundo militar, en sinónimo de humillación, ya que no había peor insulto para un guerrero que apellidarle afeminado, travestido o cualquier otro adjetivo que tuviera que ver con el universo femenino.

En la ideología del régimen mexica la mujer solo tenía el valor simbólico de guerrera cuando moría durante el parto, porque se transmutaba en auténtica guerrera que perdía la vida dando a luz a futuros guerreros para el imperio y representaba la metáfora perfecta de la lucha entre la vida y la muerte. Entonces iba a la Casa del Sol, el espacio de ultratumba reservado a los guerreros muertos en combate. Porque en una sociedad como la azteca nada se dejaba al azar, los bebés que morían durante el parto regresaban a *chichualcuauhco* donde existía un árbol nodriza que los amamantaba, hasta que los dioses los colocaban otra vez en un vientre materno (López Austin, 1980). En la Casa del Sol las mujeres se convertían en *Cihuateteo* para acompañar al sol en su recorrido diario. Además, obtener pelo o el dedo corazón de la mano izquierda de estas mujeres muertas suponía un talismán infalible en la batalla para los guerreros: "La razón por que los soldados trataban de tomar el dedo y los cabellos de esta difunta era porque yendo a la guerra los cabellos o el dedo metíanlo dentro de la rodela. Y decían que con esto se hacían valientes y esforzados para que nadie osase tomarse con ellos en la guerra, y para que de nadie tuviese miedo y para que prendiesen a sus enemigos" (Sahagún, 2001: 546).

Después del alumbramiento se preparaban los ritos en los que estaban implicados la placenta y el cordón umbilical. Generalmente, la primera se enterraba en un rincón de la casa y el destino del cordón umbilical variaba en función del sexo del recién nacido. Si era niño se entregaba a un guerrero para que lo enterrara en territorio enemigo, para infundir fuerza y valor al futuro guerrero, ya que el principal destino de los varones aztecas era la guerra, como le recitaban la comadrona y los abuelos en el discurso de bienvenida o *huehuetolli*: "Tu oficio y facultad es la guerra; tu oficio es dar a beber al sol con sangre de tus enemigos, y dar de comer a

la tierra, que se llama Tlaltecuthi, con los cuerpos de tus enemigos” (Sahagún, 2001: 551). Si era una niña el cordón se enterraba en el hogar, para que fuera una buena esposa y madre, aconsejándole que estuviera “dentro de la casa como el corazón dentro del cuerpo” (Sahagún, 2001: 552). En la fiesta de presentación se les entregaban objetos relacionados nuevamente con su sexo y, naturalmente, en el caso de los varones eran armas pequeñas. El mismo estereotipo que se aplica a la mujer, en relación con la guerra, se repite entre las diosas. Por ejemplo, el mito de Coyolxauhqui, la hermana mayor de Huitzilopochtli, se convirtió en el icono del enemigo derrotado, encarnado en una mujer para enfatizar la imagen del vencido.

A pesar de este silencio generalizado sobre las mujeres en el mundo bélico, existen datos que revelan que el Estado sí potenciaba la presencia de algunas de ellas en este ámbito, así como en el ritual relacionado con él. Se trataba de un colectivo de mujeres que acompañaban a los ejércitos en sus desplazamientos y otras que prestaban sus servicios a los guerreros prisioneros que iban a ser sacrificados en la ciudad y que las fuentes las califican de prostitutas o *ahuanime*.

La prostitución no estaba bien vista en la rígida y moralista sociedad azteca. Sin embargo, las *ahuanime* desempeñaban una función en ella. Había varios tipos de prostitución pero la que nos interesa es la que se ejercía en entornos ceremoniales y bélicos porque esta sí estaba aceptada e integrada en la sociedad y, al parecer, auspiciada por el Estado. Estas mujeres participaban en festividades tan importantes como *Quecholli*, *Tlacaxipehualiztli*, *Huey Tecuilhuatl*, *Tlaxochimaco*, *Ochpaniztli* y *Panquetzaliztli* en las que se conmemoraban los triunfos obtenidos en la guerra y se sacrificaba a los prisioneros (López Hernández, 2012: 404). Precisamente, estas mujeres eran contratadas por los nobles para que procuraran al prisionero un final agradable. El pago por sus servicios eran las pertenencias del prisionero: “La víspera de su muerte, velarán toda la noche, comerán, danzarán y se emborracharán; y si acaso alguno quiere acostarse con mujeres, le serán ofrecidas prostitutas, habrá muchísimas mujeres perversas, prostitutas” (López Hernández, 2012: 413; Castillo, 2001: 100 y 101).

Para Guilhem Olivier, las mujeres que tenían esta relación con los prisioneros eran educadas para este propósito (2002: 374 y 408), lo que hizo preguntarse a Roberto Moreno si se podría hablar de una prostitución sagrada (1966: 17 y 27). Yo apuntaría quizá a una prostitución estatal. El hecho de que el pago se realizara con las pertenencias del sacrificado, remite al botín de los guerreros, por lo que la muerte del prisionero y la pérdida de sus posesiones en favor de la prostituta, parece indicar que esta actuaba en la ceremonia con el papel simbólico de una guerrera vencedora (Olivier, 2002: 26).

Los guerreros que sobresalían por su valentía eran los *Tequihuaque*, quienes tenían grandes licencias frente al resto de los varones de la sociedad mexicana, una de ellas era mayor permisibilidad sexual, al parecer con unas sacerdotisas exclusivas

para el *telpochcalli* o escuela militar. Dice Bernardino de Sahagún que durante la fiesta de *Huey Tecuilhuilitl* los guerreros bailaban con estas sacerdotisas, que eran vigiladas por “matronas” para que no tuvieran relaciones sexuales “excepto con los principales”, que recompensaban a las cuidadoras con mantas y comida para que llevaran a las sacerdotisas a sus casas (2001: 178-182). Estos arreglos se hacían con la máxima discreción, a pesar de que los guerreros lo tenían permitido. Como se ve, los servicios de estas mujeres se recompensaban, pero al no ser una sociedad con moneda institucionalizada el pago se hacía en especie.

Entre las *ahuanime* se distinguían las *maqui*, literalmente las “entremetidas”, que acompañaban a los guerreros en las campañas y ejercían la prostitución solamente con ellos (Torquemada, 1975: III, X, XXXV, 427). No se limitaban a mantener relaciones sexuales, sino que también animaban a los novatos salidos del *Telpochcalli* si temían entrar en la batalla (Sahagún, 2000: 156). Además, las *maqui* se ofrecían en sacrificio durante las festividades del mes de *quecholli* (Torquemada, 1975: III, X, XXXV, 427).

Muchas de las cualidades de las *maqui* se ponían en correspondencia con la diosa Xochiquetzal, porque cuando iban a la guerra alentaban y cuidaban de los soldados como ella (McCafferty y McCafferty, 1999: 117). Además, cuando las sacrificaban vestían como ella por ser diosa regente de las prostitutas (Durán, 1984: 151-162).

En otras fuentes mesoamericanas, no mexicas, hay más representaciones de mujeres en actitudes guerreras como por ejemplo en los códices de tradición mixteca, donde la princesa Seis Mono aparece repetidamente en los códices *Selden* (Códice, 1964), *Zouche-Nuttall* (Anders, Jansen y Pérez, 2013) y *Bodley* (Jansen y Pérez, 2005). Entre los mayas clásicos las mujeres también recibían títulos militares (Hewitt, 1999). En los expresivos murales de Cacaxtla, de indudable impronta maya, aparece un personaje de características femeninas en la batalla. Entonces, si las mujeres mixtecas, mayas y olmecas-xicalancas practicaban las artes militares, ¿qué pasaba con las mexicas? (McCafferty y McCafferty, 2007: 35-37).

¿Se podría decir que, en otras culturas en las que la guerra estaba tan presente como en la romana, el papel de la mujer guerrera era más significativo? Una mirada detenida sobre el tema revela que, a pesar de verlas en hermosas esculturas como las que custodia el Museo Británico, luchando como gladiadoras y participando en algunos espectáculos públicos presididos por Nerón y por Domiciano, su consideración distaba mucho de ser la misma que la de los gladiadores.

En la antigüedad, la guerra siempre fue un asunto masculino en el que, solo al final de la contienda, cuando la derrota parecía inevitable, las mujeres empuñaban las armas. Porque cobardía, pasividad y feminidad iban de la mano, como oposición a valentía, movimiento y masculinidad. No hay que olvidar que las mujeres agresivas transgredían la norma y provocaban conflictos; el caso paradigmático es

el de Coyolxauhqui, hermana mayor de Huitzilopochtli, que incitó a sus 400 hermanos a matar a su madre o Malinalxóchitl, quien durante la peregrinación también provocó la separación del grupo mexicana e incitó a su hijo Copil a matar a su tío Huitzilopochtli. Estos estereotipos esconden una realidad política, una lucha por el poder donde las facciones políticas jugaban sus cartas porque, independientemente del sexo, buscaban la hegemonía política incluso dentro del mismo linaje (Bueno, 2007: 103, Bueno, 2004: 657).

Estos aspectos, pese a ser interesantes, no son el objeto central de este trabajo. Porque si decimos que la mención o representación de la mujer en la guerra mesoamericana es muy escasa, nuestra protagonista es una notable excepción a esta regla, ya que participó activamente, desde el inicio, en la guerra que cambió el rostro del México antiguo.

MALINALLI TENEPATL

Doña Marina tuvo una vida azarosa y extraordinaria debido al momento histórico que le tocó vivir y por el lugar protagónico que tuvo en él. Malintzin o Malinalli entró en la Historia una “mañana, a los postreros del mes de marzo de 1519”, cuando los caciques de la región de Tabasco sellaron la paz con Cortés tras la cruenta batalla de Centla. Como muestra de buena voluntad ofrecieron a los españoles presentes de oro, ricas mantas, alimentos y veinte jóvenes para atender sus necesidades, que Cortés no rehusó, aunque para aceptarlas debía bautizarlas. Entre ellas destacó “una muy excelente mujer, que se dijo doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana”. Esta es la primera mención de Malinalli en la crónica de uno de los soldados de Hernán Cortés, al que debemos los escasísimos datos que existen sobre ella (Díaz del Castillo, 2000: 153). Precisamente esta escasez de información es lo que origina que su biografía se escriba con datos que suscitan opiniones contrapuestas respecto al lugar exacto de su nacimiento, su extracción social, la verdadera naturaleza de su relación con Hernán Cortés en la conquista de México o la fecha y motivo de su muerte.

Malinalli nació hacia el año 1500, probablemente en Huilotlan, un pueblcito de la provincia de Coatzacoalco, en la región de Veracruz, en el seno de una familia noble. Su padre era el *tlatocani* o gobernante de Painallan y el prometedor futuro que se presentaba para la recién nacida pronto se truncó, tal y como habían pronosticado los sacerdotes al leer el *tonalpohualli* o libro de los destinos.

El padre de Malinalli murió cuando ella era muy niña y, por razones políticas, su madre se casó con el hermano de aquel. De este matrimonio nació un varón al que los padres quisieron favorecer, en detrimento de la herencia de Marina. Aprovechando que una niña de la misma edad había muerto en el pueblo, hicieron creer que fue Malinalli y, amparados en la oscuridad de la noche, la entregaron a unos mercaderes que la

vendieron en el mercado de Xicalanco y fue “llevada de mano en mano [a] aquella tierra donde Cortés la halló” (Cervantes, 1985: 203 y 204)

Efectivamente, Malinalli pertenecía al cacique de Pontonchán, en el actual estado de Tabasco, llamado Tabscoob, quien aceptó la ceremonia del bautismo. Frente a un improvisado altar, presidido por una imagen de la virgen y una cruz, Jerónimo de Aguilar tradujo al maya las palabras de fray Bartolomé de Oviedo, que formaba parte de la expedición cartesiana. Advirtiéndole a las jóvenes nativas sobre los peligros de la idolatría y predicándoles las bondades del cristianismo, “luego se bautizaron, y se puso por nombre doña Marina a aquella india y señora que allí nos dieron” (Díaz del Castillo, 2000: 152).

La decisión de bautizarlas no tenía tanto que ver con la evangelización como con el concepto de barraganía que permitía a Cortés y a sus hombres mantener relaciones poligámicas de forma “legal”. Oficiado el sacramento, Cortés repartió a las “primeras cristianas que hubo en la Nueva España” entre sus capitanes, “doña Marina, como era de buen parecer y entremetida y desenvuelta, dio a Alonso Hernández Puertocarrero, que [] era muy buen caballero” (Díaz del Castillo, 2000: 153)

Una vez que las jóvenes fueron repartidas entre los capitanes, zarparon camino de San Juan de Ulúa, adonde llegaron tras cinco días de navegación. El sol se estaba poniendo y, aunque ansiaban pisar tierra, Cortés, por prudencia, no permitió el desembarco hasta el día siguiente. Aquel Viernes Santo, mientras organizaban el campamento y disponían las armas en lugares estratégicos, llegaron unos embajadores de Moctezuma, el *tlatoani* de Tenochtitlan, la hermosa capital del imperio azteca.

Cortés llamó a Jerónimo de Aguilar para que fungiera como intérprete pero, para sorpresa de todos, no comprendía el idioma de aquellos mexicanos. Fue justo en ese momento, no antes como aseguran algunos cronistas e historiadores, cuando se descubrió que Marina hablaba náhuatl, la lengua de los aztecas, además de la maya chontal que era la que entendía Aguilar. “Aguilar, muy alegre, lo dixo a Cortés, el cual, llamando a la Marina por lengua del Aguilar, le dixo que fuese fiel intérprete, que él le haría grandes mercedes y la casaría y le daría libertad. A partir de aquí Marina sirvió de lengua, desta manera: el General hablaba a Aguilar y el Aguilar a la india y la india a los indios” (Cervantes, 1985: 116).

Al descubrir las habilidades políglotas de la joven Marina, Cortés dispuso que Hernández Puertocarrero viajara a España para llevar una de sus famosas cartas de relación al Rey y así poder disponer de la joven intérprete sin trabas, prometiéndole, a cambio de sus servicios, grandes mercedes y un buen matrimonio. A partir de ese momento Cortés contó con un arma poderosísima en todo conflicto: la comunicación. Él hablaba a Aguilar y este a Marina y ella a los indígenas.

Desde aquel momento, Marina fue tomando forma en las crónicas y no sabemos hasta qué punto el personaje literario devoró a la figura histórica. Probablemente, Bernal Díaz del Castillo, a quien debemos no solo los pocos datos

que existen sobre ella, sino también su imagen de heroína romántica, completó los espacios en blanco de su biografía, incorporando ingredientes caballerescos tan del gusto de la época, como el *Amadís de Gaula*, verdadero *best seller* del momento. Surgió así una joven valiente que fue despojada de su hogar y de su herencia, vendida sin escrúpulos como esclava y a la que, gracias a su valor e inteligencia, la fortuna le sonrió, encumbrándola a la categoría de mito.

La conquista de México se ha explicado a través del mito de Cortés y de su puñado de hombres (Restall, 2003). Sin embargo, concurren otros aspectos menos valorados pero trascendentales, como el buen funcionamiento de dicho sistema de traducción con el que Cortés pudo empezar a jugar sus cartas con los distintos grupos indígenas, muchos de los cuales le apoyaron sin resistencia desde el principio. Parte del éxito en la conquista y la anexión de aliados indígenas se atribuye a la labor de Marina, que no solo comprendió el mensaje de Cortés, sino que supo transmitirlo de acuerdo a concepciones indígenas, tal y como se aprecia en las fuentes de tradición pictográfica. La colaboración entre ambos fue cada vez más estrecha y la presencia de Marina se hizo imprescindible para trasladar los mensajes en las negociaciones o las órdenes en las batallas y fue tanta la identificación de sus personas que los indígenas empezaron a llamar a Cortés Malinche, el capitán de Marina: "Y la causa de haberle puesto este nombre es que como doña Marina, nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, en especial cuando venían embajadores o pláticas de caciques, y ella lo declaraba en la lengua mejicana, por esta causa llamaban a Cortés el capitán de Marina, y por más breve lo llamaron Malinche" (Díaz del Castillo, 2000: 263).

MARINA EN LAS FUENTES PICTOGRÁFICAS

De la relevancia de Marina en este contexto dan buena fe las fuentes de tradición pictográfica, como el *Lienzo o Códice de Tlaxcala* y el *Códice Mexicanus 1*, entre otros, no solo por su constante presencia en un claro ambiente bélico, sino también al equipararla iconográficamente a otros protagonistas masculinos, como Cortés o el propio Moctezuma, y al otorgarle un papel activo como intermediaria con los grupos étnicos, incluso se la representa con armamento defensivo español repetidamente en el *Lienzo de Tlaxcala*.

La provincia de Tlaxcala fue una de las pocas que, a la llegada de Hernán Cortés, permanecía independiente del yugo azteca (Muñoz, 2002; Acuña, 1984; Acuña, 1981). Tras combatir contra los españoles firmaron la paz y fueron otro grupo indígena más de los que libremente se aliaron con Cortés. Tras la conquista de Tenochtitlan los tlaxcaltecas, como uno de los grupos vencedores, exigieron de la administración española las mercedes que se les habían prometido por su apoyo militar. Para dar más entidad a sus peticiones realizaron estos libros de tradición

indígena que relatan, como si fueran diarios de guerra, los pormenores de la conquista, con sus protagonistas. Entre todos ellos destaca Doña Marina, precisamente por su condición de mujer en un ambiente bélico.

De estos documentos el más conocido es el *Lienzo de Tlaxcala*, elaborado en el siglo XVI por la elite indígena para enviarlo a la Corte española, como prueba de su actuación en la victoria final. En él se aprecia que Marina estuvo presente en todos los acontecimientos de la conquista y aparece como protagonista de aquellos especialmente significativos, como por ejemplo en la denominada "masacre de Cholula" (Chavero, 1979. lámina 9), donde los españoles se libraron de una muerte segura gracias a que Marina descubrió el complot a tiempo: "Vino secretamente a doña Marina, nuestra lengua, y como la vio moza y de buen parecer y rica, le dijo y aconsejó que se fuese con ella a su casa si quería escapar con vida [...]. Y doña Marina entró de presto donde estaba el capitán y le dice todo lo que pasó con la india, la cual luego la mandó traer ante él y la tornó a preguntar sobre las traiciones" (Díaz del Castillo, 2000. 291).

También en la entrada en Tenochtitlan, el 8 de noviembre de 1519 (Chavero, 1979. lámina 10) "Como Cortés vio y entendió y le dijeron que venía el gran Moctezuma, se apeó del caballo, y desde que llegó cerca de Moctezuma, a una se hicieron grandes acatos. Moctezuma le dio el bien venido, y nuestro Cortés le respondió con doña Marina que él fuese muy bien estado. Paréceme que Cortés, con la lengua doña Marina, que iba junto a él, le daba la mano derecha, y Moctezuma no la quiso y se la dio él a Cortés" (Díaz del Castillo, 2000: 313 y 314).

Y en el arresto del *tlatoani* en los momentos previos a su muerte (lámina 11); en la salida apresurada de Tenochtitlan, tras la muerte de Moctezuma, acontecida el 30 de junio de 1520 (Chavero, 1979: láminas 15-18), y en el asedio final, en la prisión de Cuauhtemoc y en su muerte cinco años después (Chavero, 1979: láminas 42-48).

Aquella noche triste, la del 30 de junio, cerrada y lluviosa, Marina iba en la retaguardia, junto al resto de los rehenes indígenas, escoltada por Pedro de Alvarado, Juan Velázquez de León, capitanes y soldados de Narváez, además de 300 guerreros tlaxcaltecas. Tras la reorganización, una de las primeras preocupaciones de Cortés fue saber si las lenguas estaban vivas "y holgó de ello de que no se hubiesen perdido Jerónimo de Aguilar ni Marina" (Torquemada, 1975. 221). Una vez que estuvieron a salvo, el ejército hispano indígena se preparó para el asedio y el ataque final de Tenochtitlan donde, nuevamente, la activa labor de Marina consiguió el apoyo masivo de los indígenas a la causa de Cortés. El resultado final es por todos conocido.

EXPEDICIÓN A LAS HIBUERAS

Tras el asedio, la capital azteca quedó arrasada y Cortés se instaló en la cercana localidad de Coyoacán, donde Marina siguió trabajando estrechamente con él. En

1522 nació el hijo de ambos, llamado Martín en honor del padre del conquistador y al que reconoció. Un año después, llegaron a Coyoacán noticias del levantamiento del capitán Cristóbal de Olid en Honduras. Cortés, que no perdonaba la traición, organizó una expedición para combatirlo y, esta vez, la única lengua que le acompañó fue Marina, porque ya hablaba castellano pero, seguramente también, porque Cortés se había enemistado con Jerónimo de Aguilar.

LA BODA DE MARINA

En las proximidades de Orizaba, Cortés organizó la boda de Marina con Juan Jaramillo. Esta ceremonia fue muy controvertida entre sus hombres porque al parecer Jaramillo se casó en estado de embriaguez y además porque no consideraban a Marina como una indígena más, sino que había estado a su lado en las conquistas, había convivido con dos españoles y era la madre del primer hijo varón del futuro marqués del Valle. Pero con esta boda Cortés cumplía la promesa que le hizo de libertad, le pagó sus servicios otorgándole las encomiendas de Huilotlan y Tetiquipac que, al parecer, le correspondían por herencia y le proporcionó una excelente posición social, para ser mujer e indígena, quizá solo equiparable a la de las hijas del *tlatoani* Moctezuma. Jaramillo estaba muy bien situado en la nueva sociedad novohispana gracias a sus encomiendas y a sus puestos oficiales como procurador y regidor del Ayuntamiento de Nueva España, que dos años más tarde llegó a presidir. Tampoco hay que descartar que Cortés organizara este enlace porque Marina ya no le era útil y podía perjudicarlo en sus aspiraciones políticas.

La expedición a las Hibueras, actual Honduras, pasó por Coatcozalco, donde Cortés convocó a los caciques de la zona para explicarles, a través de Marina, a quién debían su fidelidad, que no era precisamente a Cristóbal de Olid. Entre ellos estaban los familiares de Marina, su madre y su hermano, ahora bautizados como Marta y Lázaro, "y conocieron que claramente era su hija, porque se le parecía mucho. Tuvieron miedo de ella, que creyeron que los enviaba a llamar para matarlos". Sin embargo Doña Marina, no solo los consoló y los perdonó, sino que "les dio muchas joyas de oro y de ropa" (Díaz del Castillo, 2000: 156).

En el transcurso de la marcha se sucedieron otros hechos oscuros que implicaban a Marina en una falsa delación del grupo indígena que tuvo como resultado la muerte de Cuauhtémoc y de Tettlepanquetzal, señor de Tacuba, nuevamente con la oposición de los propios hombres de Cortés.

REGRESO A MÉXICO Y MUERTE

Al término de la expedición hondureña, los caminos del conquistador y de la joven intérprete se separaron. De regreso, Marina se instaló junto a su esposo en Ciudad

de México pero no pudo conservar junto a ella a su hijo Martín, que quedó al cuidado de Juan Altamirano, primo de Cortés, por orden expresa de este

Desde ese momento prácticamente se pierde la pista de Doña Marina. No sabemos la fecha exacta de su muerte, ni la causa de esta. No faltan quienes acusan a Cortés de asesinarla el 24 de enero de 1529, justo en vísperas de su juicio de residencia, en connivencia con su esposo, que se casó inmediatamente con una española de buena posición. Ni los que afirman que vivió feliz con Jaramillo hasta el final de sus días, sin aportar ninguna prueba, e incluso se atreven a asegurar que viajó a España y que vivió en la Corte junto a su esposo. La escasez de información, unida a que en los documentos de la época aparecen varias Marinas, relacionadas directa o indirectamente con Cortés, agrava el problema.

Los datos más fidedignos son los que se desprenden del juicio de residencia a Cortés, donde algunos testigos afirmaron que entre las mujeres que amortajaron a su primera esposa estaba Marina Jaramillo y que, en el momento de su declaración, 1529, ya había fallecido.

De un pleito que inició su hija María puede deducirse que Marina murió entre 1526 y 1527, aunque sin especificar la fecha exacta. La causa podría haber sido alguna de las epidemias de viruela que asolaron México en aquella época o a consecuencia de alguna infección producida en el viaje a Honduras, que realizó embarazada de su hija María.

Mucho se ha especulado sobre la relación sentimental entre Marina y Cortés, pero en realidad nada sabemos de sus sentimientos. Lo que sí determinan los datos es que tanto por su condición de políglota, como por su conocimiento del medio geográfico y político, la conquista de México fue menos cruenta, más rápida y exitosa para Cortés de lo que hubiera sido sin Marina.

[Y] como doña Marina en todas las guerras [.] fue tan excelente mujer y buena lengua [.] la traía siempre Cortés consigo. [.] doña Marina sabía la lengua de Guazacualco, que es la propia de México, y sabía la de Tabasco; como Jerónimo de Aguilar, sabía la de Yucatán y Tabasco, que es toda una, entiéndase bien, y el Aguilar lo declaraba en castellano a Cortés. fue gran principio para nuestra conquista, y así se nos hacían las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente. He querido declarar esto, porque sin doña Marina no podíamos entender la lengua de Nueva España y México (Díaz del Castillo, 2000: 156 y 157)

CONCLUSIONES

Resulta frustrante intentar reconstruir el papel de la mujer en la guerra antigua por la invisibilidad impuesta por la época. En el caso de Mesoamérica los problemas se acrecientan porque por un lado no hay fuentes escritas en el sentido tradicional y

porque las noticias que nos llegan después del contacto están contaminadas por los cánones de la Iglesia católica.

En la sociedad mesoamericana, el papel de la mujer se limitaba mayoritariamente a la reproducción sexual, a atender al hogar y a la familia y, en algunos casos, al comercio local, a desempeñar algunos aspectos de la medicina, relacionados con el parto y el conocimiento de las plantas, además del cuidado de los templos, pero el universo bélico quedaba fuera de sus competencias. Sin embargo, escudriñando las fuentes se puede atisbar que, sin estar plenamente involucradas en la guerra, sí había escenarios concretos en los que las mujeres tenían un papel importante. Un rol que, aunque cuestionado por el ideal moral y social, en tiempos de guerra, tal y como pasaba con otros aspectos relacionados con la violencia, era legitimado por el Estado. Se trataba de una prostitución auspiciada por él para beneficio de sus guerreros, tanto en el ceremonial como acompañando al ejército. ¿Se puede hablar de una prostitución militar institucionalizada?

No obstante, las fuentes no proporcionan datos de mujeres guerreras, luchando o conduciendo al ejército, ni tampoco en el ámbito diplomático, salvo alguna excepción, aunque ninguna tan importante como Doña Marina cuya inteligencia, conocimientos y pericia diplomática propiciaron la conquista de México con el resultado que todos conocemos.

Con el auge de los nacionalismos en el siglo XIX, la Revolución mexicana necesitó de héroes y villanos y nuevamente una mujer "activa" se convirtió en el origen de todos los males que asolaron México. Era la traidora por excelencia, incluso su nombre generó un adjetivo que significaba "apego a lo extranjero en menosprecio de lo propio", tal y como recoge el diccionario de la Real Academia. Es el "malinchismo", término que en México se sigue utilizando con connotaciones absolutamente peyorativas. Pero, ¿el resto de los miles de indígenas que disputaron libremente el poder a Moctezuma junto a Cortés, no eran igual de mexicanos que los vencidos? ¿Acaso la idea de México que se defendía en el XIX, existía en el siglo XVI? Entonces, ¿a quién traicionó Malinalli, llamada Marina después de vuelta cristiana?

Marina fue una mujer valiente e inteligente que aprovechó su oportunidad, como el resto de la elite indígena predominantemente no mexicana, poniéndose al lado del bando que más podía ofrecerle. A cambio de recibir el tratamiento de doña vivió más de siete años en primera línea de combate activo que encaraba con "ánimo varonil" y sutileza diplomática, en unas condiciones en las que muchos hombres sucumbieron. Por su posición de privilegio al lado de Cortés, fue objeto de filias y fobias y, por su condición de intérprete, mostró la importancia de la diplomacia para lograr alianzas y apoyos donde solo se atisbaba muerte y desolación.

Por su conocimiento del medio geográfico y político, la conquista de México fue menos cruenta, más rápida y exitosa de lo que hubiera sido sin ella. Por todo ello, Marina merece por derecho propio un lugar más destacado en la historia como

colaboradora necesaria en el triunfo de Cortés sobre el imperio azteca, porque sin duda ella fue la llave que abrió la puerta de México

BIBLIOGRAFÍA

- ACUNA, R (1981) *Diego Muñoz Camargo Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de las Indias del mar océano para el buen gobierno y ennoblecimiento de ellas [1580-1585]*, ed. Facsímil. México, Universidad Nacional Autónoma de México
- (1984) *Relaciones Geográficas del Siglo XVI Tlaxcala*, México, Universidad Nacional Autónoma de México
- ANDERS, F., JANSEN M., y PEREZ JIMENEZ, G. A (2013) *Crónica mixteca El rey 8 Venado, Garra de Jaguar y la dinastía de Teozacualco-Zaachula Libro explicativo del llamado Códice Zouche-Nuttall*, México, Fondo de Cultura Económica
- BUENO BRAVO, I (2004) "La importancia del faccionalismo en la política Mesoamericana", *Revista de Indias*, vol. LXIV, núm. 232, pp. 651-672
- (2007) *La guerra en el imperio azteca Expansión, ideología y arte*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid
- CASTILLO, C. del (2001) *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e historia de la conquista*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
- CERVANTES DE SALAZAR, F. (1985) *Crónica de la Nueva España*, México, Porrúa
- CHAVERO, A. (1979) *El Lienzo de Tlaxcala*, México, Cosmos
- CODICE (1964) *Códice Selden*, México, Sociedad Mexicana de Antropología
- DÍAZ DEL CASTILLO, B. (2000) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 2 vols., Madrid, Destino
- DURAN, Fray Diego (1984) *Historia de la Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, 2 vols., México, Porrúa
- GIL AMATE, V. (2007) "Crónica de sociedad en el Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista de Juan Suárez de Peralta", *Ariabal*, núm. 5-6, pp. 5-17
- GRAULICH, M. (2000) "Más sobre la Coyolxauhqui y las mujeres desnudas de Tlatelolco", *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 31, pp. 77-94
- HEWITT, E. (1999) "What's in a Name Gender, Power, and Classic Maya Women Rulers", *Ancient Mesoamerica*, vol. 10, núm. 2, pp. 251-262
- JANSEN, M. y PEREZ JIMENEZ, G. A. (2005) *Codex Bodley A Painted Chronicle from the Mixtec Highlands, Mexico*, Oxford, The Bodleian Library
- KLEIN, C. (1994) "Fighting with Femininity Gender and War in Aztec Mexico", *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 24, pp. 219-253
- LOPEZ AUSTIN, A. (1980) *Cuerpo humano e ideología las concepciones de los antiguos nahuas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México
- LOPEZ HERNANDEZ, M. (2012) "Ahuanimé las seductoras del mundo nahua prehispánico", *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 42, núm. 2, pp. 401-423
- MCCAFFERTY, G. G. y MCCAFFERTY, S. D. (1999) "The Metamorphosis of Xochiquetzal A Window on Womanhood in Pre and Post-Conquest Mexico" En T. L. Sweely (ed.) *Manifesting Power Gender and the Interpretation of Power in Archaeology*, Londres, Psychology Press
- (2007) "Guerreras el papel de las mujeres en la guerra prehispánica", *Expresión Antropológica*, núm. 29, pp. 30-39
- MORENO DE LOS ARCOS, R. (1966) "Las ahuanime", *Historia Nueva*, núm. 1, pp. 13-31
- MUÑOZ CAMARCO, D. (2002) *Historia de Tlaxcala Edición de Germán Vázquez*, Madrid, Destino
- OLIVIER, G. (2002) "Entre diosas y prostitutas Las alegres del mundo mesoamericano" En A. Martínez y P. Rodríguez (eds. y compls.) *Placer, dinero y pecado Historia de la prostitución en Colombia*, Bogotá Aguilar, pp. 17-37
- RELACION (2002) *Relación de Michoacán*, Madrid, Destino
- RESTALL, M. (2003) *Seven Myths of the Spanish Conquest*, Nueva York, Oxford University Press
- RUCK, C. A. P. y STAPLES, D. (1994) *The World of Classical Myth Gods and Goddesses, Heroines and Heroes*, Durham, Carolina Academic Press
- SAHAGUN, B. de (2001) *Historia General de las Cosas de Nueva España*, 2 vols., Madrid, Destino
- TORQUEMADA, J. de (1975) *Monarquía Indiana*, México, Porrúa